

El jardín de Ciro

SIR
THOMAS BROWNE

El jardín de Ciro

Precedido por

La vida de Sir Thomas Browne

de

SAMUEL JOHNSON



*F*ICTICIA
EDITORIAL

MÉXICO, 2014

Contenido

Nota sobre la traducción.....	9
<i>La vida de Sir Thomas Browne</i>	11
<i>El jardín de Ciro</i>	55
Capítulo I	61
Capítulo II	73
Capítulo III.....	85
Capítulo IV	115
Capítulo V	135

Nota sobre la traducción



El *jardín de Ciro*, de Thomas Browne, se publicó por primera vez en 1658. La *vida de Sir Thomas Browne*, de Samuel Johnson, en 1756, en el libro *Christian Morals*.

Un texto como *El jardín de Ciro* presenta dificultades al traductor. La principal, la sintaxis —en el inglés de la época— peculiar que usaba Browne. Seguirla al pie de la letra no sólo supone romper con las reglas sintácticas y gramaticales del español contemporáneo, sino que haría al texto casi ilegible en su traducción. Es por ello que se decidió mantener la estructura del original, siempre y cuando cumpliera con dos condiciones: que la gramática y la sintaxis en español fueran correctas, o que la versión en español fuese legible.

Se espera, por tanto, ofrecer al lector una versión de *El jardín de Ciro* comprensible, clara y lo más apegada al original. Un aspecto importante tanto de los ensayos de Browne como el de Johnson fue la incorporación de palabras en latín y griego. Excepto en casos que sólo podían confundir u obstaculizar la lectura, se dejaron tales vocablos como en los originales.

Casi todas las notas al pie de página son de los autores; en caso contrario, se indica en la nota.

LA EDITORA

*La vida de
Sir Thomas Browne*

SAMUEL JOHNSON



AUNQUE EL AUTOR de los ensayos siguientes¹ parece haber tenido la fortuna común entre los hombres de letras de despertar escasa curiosidad por su vida privada y tiene, por tanto, pocos testimonios de sus felicidades y desdichas, y aún más, considerando que una edición póstuma de sus obras da la impresión de ser imperfecta y descuidada sin alguna relación sobre el autor, se consideró necesario intentar satisfacer esa curiosidad que naturalmente inquiere por las causas naturales o de la fortuna que distinguen a hombres eminentes: cómo han conseguido logros poco comunes y qué influencia ha tenido la erudición en los que la poseen, o la virtud de los que fueron sus maestros.

1. Se refiere a Sir Thomas Browne. Originalmente esta introducción precedía varios ensayos de Browne (nota de la Editora).

Sir Thomas Browne nació en Londres, parroquia de St. Michael, en Cheapside, el 19 de octubre de 1605. Su padre pertenecía a una antigua familia de comerciantes de Upton, en Cheshire. Del nombre o la familia de su madre, no he hallado referencia alguna.

De su infancia o juventud se sabe poco, excepto que perdió a su padre cuando era muy joven; que fue, según el destino común de los huérfanos, defraudado por uno de sus tutores e internado para su educación en la escuela de Winchester.

Su madre, que recibió tres mil libras como herencia por la tercera parte de las propiedades de su esposo, dejó a su hijo, por consecuencia, seis mil; una fortuna cuantiosa para un hombre destinado al conocimiento en un época en que el comercio todavía no había colmado a la nación de riquezas superficiales. Pero a él le sucedió lo que a muchos otros: la opulencia lo hizo pobre. Su madre casó pronto con sir Thomas Dutton, probablemente incentivado por su fortuna, y quedó a merced de la rapacidad de su tutor, privado ahora de ambos padres y, por tanto, desamparado y desprotegido.

A principios del año 1623 lo trasladaron de Winchester a Oxford e ingreso como estudiante con privilegios a Broadgate-Hall, institución que poco después recibió una donación y adoptó el nombre de Pembroke-College en honor al conde de Pembroke, entonces rector de la Universidad. Fue admitido en el grado de bachiller de artes el 31 de enero de 1626-1627, convirtiéndose como señala Wood, en el primer hom-

bre eminente en graduarse del nuevo colegio —al que el fervor o la gratitud de los que más lo aman pueden desear al menos que prosiga igual que como empezó.

Una vez que obtuvo su grado de maestro en artes, estudió medicina y la practicó algún tiempo en Oxfordshire; pero poco después, inducido por la curiosidad o invitado por las promesas, renunció a este arreglo y acompañó a su suegro, quien trabajaba en Irlanda en una visita a los fuertes y castillos, cosa obligada debido a la situación de Irlanda en la época.

Aquel que una vez triunfa sobre sí mismo para desligarse de sus conocidos e inicia una vida errante, fácilmente la continúa. Irlanda, en esa época, tenía muy poco que ofrecer a la observación de un hombre de letras. Él, por tanto, se trasladó a Francia e Italia con algunas breves estadías en Montpellier y Padua, que eran entonces las escuelas de medicina más prestigiadas y, retornando a casa por Holanda, consiguió su nivel de Doctor en Medicina en Leyden.

De cuándo comenzó sus viajes o cuándo los concluyó, no hay un testimonio cierto; tampoco existen anotaciones sobre los países que visitó. Opinar, por tanto, qué placer o enseñanza pudieron generar las opiniones vertidas por un hombre tan curioso y diligente, sería entregarse voluntariamente a una reflexión dolorosa y cargar la imaginación con un deseo que, mientras es formado, se sabe que es inútil. Sin embargo, es de lamentar que aquellos más capaces de mejorar la humanidad, con mucha frecuencia fallan al comunicar su conocimiento,

ya sea porque es más placentero recopilar ideas que impartirlas, o porque para mentes naturalmente geniales, pocas cosas parecen de tanta importancia como para merecer la atención del público.

Se supone que regresó a Londres hacia 1634 y que el año siguiente escribió su celebrado tratado titulado *Religio Medici*, “La religión del médico”, del cual él mismo declara que nunca buscó hacerlo imprimir, habiéndolo compuesto sólo para su propio ejercicio y entretenimiento. Contiene, de hecho, muchos pasajes que, relacionados únicamente con su propia persona, pueden no ser de gran interés para el público; pero cuando fue escrito le sucedió, como a otros, que estaba tan complacido con su desempeño que pensó que podría complacer igual a los demás. Lo comunicó, por tanto, a sus amigos y al recibir, supongo, ese aplauso exuberante con el cual todo hombre retribuye el obsequio de leer escrupulosamente un manuscrito, no fue muy diligente para obstruir su propio elogio al reclamar sus papeles, sino que permitió que anduviesen de mano en mano, hasta que al fin, sin su consentimiento, fueron dados a un impresor en 1642.

Esto, quizás, le ha acontecido a otros, y esto, me inclino a creer, en realidad le sucedió al Dr. Browne; pero existe, seguramente, alguna razón para dudar del fundamento de la queja hecha con tanta frecuencia sobre ediciones subrepticias. Una canción o un epigrama pueden imprimirse fácilmente sin el conocimiento del autor, porque se pueden memorizar con la lectura repe-

tida, o pueden volverse a escribir sin mayor problema. Pero un tratado extenso, sin importar cuán elegante, no suele ser copiado por simple entusiasmo o curiosidad, sino que puede desgastarse pasando de mano en mano antes de ser multiplicado por una transcripción. Es fácil que un libro imperfecto, en las manos de un tercero, llegue a la imprenta, y justificar la circulación de una copia falsa como una excusa para publicar la original, o para corregir lo que resultó defectuoso u ofensivo y atribuir los errores a la práctica corrupta del transcriptor.

Este es una estratagema por el cual un autor que ansía la fama, pero temeroso de enfrentarla, puede gratificar su vanidad y, a la vez, preservar la apariencia de la modestia; así puede entrar en las listas y asegurarse un refugio. Y este candor puede pasar inadvertido como un fraude inocente pero, desde luego, ningún fraude es inocente, porque la confianza que es el fundamento de la felicidad de la sociedad se ve, en algún grado, menguada por cada hombre cuya práctica difiere de sus palabras.

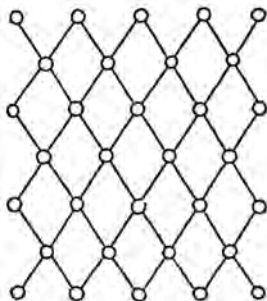
Tan pronto *Religio Medici* salió de imprenta, llamó la atención del público por la novedad de las paradojas, la dignidad del sentimiento, la ágil sucesión de imágenes, la multitud de alusiones abstrusas, la sutileza de la disquisición y la fuerza del lenguaje.

Lo que es muy leído, será muy criticado. El conde de Dorset encomendó este libro al escrutinio de Sir Kenelm Digby, quien presentó su juicio sobre él, no en

una carta, sino en un libro, en el cual, si bien mezclados con algunas posiciones fabulosas e inciertas, hay comentarios agudos, censuras justas y especulaciones profundas, aunque su principal virtud es la de haberse escrito en veinticuatro horas, de las que una parte fue dedicada a conseguir el libro de Browne y otra a leerlo.

Cuando aún no estaban impresas, la diligencia o la malicia de estas animadversiones fueron informadas al Dr. Browne, quien escribió a Sir Kenelm, con mucha gentileza y ceremonia para declarar que su obra no era digna de tal atención, que no estaba destinada a la imprenta y sufría de adulteraciones de la impresión. Recibió una respuesta igualmente gentil y respetuosa reconociendo el valor de la obra, con pomposas profesiones de reverencia, humildes aceptaciones de incompetencia y ansiosas disculpas por la precipitación de sus comentarios.

La civilidad recíproca de los autores es una de las escenas más irrisorias en la farsa de la vida. Quién no hubiera pensado que estas dos luminarias de su tiempo habrían de dejar de esforzarse en cobrar brillo mediante el oscurecimiento uno del otro; sin embargo las animadversiones, así de débiles, así de precipitadas, sobre un libro ultrajado a causa de la transcripción, pasaron rápidamente a la imprenta y *Religio Medici* recibió una publicación más meticulosa, con una admonición que advierte “a todos los que han leído o habrán de leer en detalle las observaciones sobre una copia corrupta previa”, contra la cual hay una severa censura, no con-



*Quid Quincuncea speciosius, qui, in
quam longa partem spectaueris,
rectus est: Quintilian: 9*

El jardín de Ciro

*o las plantaciones quincunciales, romboidales o
en forma de red de los antiguos, consideradas
artificial, natural y místicamente*



A mi valioso y honorable amigo
NICHOLAS BACON, DE GILLINGHAM ESQUIRE

DE NO HABER REPARADO en que los ciegos han discurrido a fondo sobre la visión y otros, sin conocimiento, sobre la creación, yo, que nunca he poseído un jardín de importancia, no hubiera abordado este tema. Pero la Tierra es el Jardín de la Naturaleza y cada terreno fructífero un Paraíso. Dioscórides hizo la mayoría de sus Observaciones en su caminata con Antonio y Teofrasto cosechó sus Generalidades mayormente del campo.

Además, no escribimos un herbario, ni tampoco podrá este volumen engañar a quien conoce bien casi todo: que sabéis que tres folios son muy poco, y cómo los nuevos herbarios vuelan a nosotros desde América de investigadores perseverantes y nosotros, con antigüedad en esas particularidades, aguardamos tales descripciones. Mientras que Inglaterra es tan exigente, que no le debe cosa alguna a otros países.

No pretendemos multiplicar las clasificaciones vegetales en plantas quincunciales y reticuladas, ni erigir una nueva fito-

logía. Este campo del conocimiento ha sido tan recorrido, que es difícil que brote algo nuevo. De cosas viejas escribimos algo nuevo, si es posible que la verdad puede acoger añadiduras, o si la envidia permite algo nuevo, puesto que los antiguos ya conocían los hallazgos anatómicos recientes e Hipócrates la circulación.

Está usted tan alejado del lugar común, que es difícil encontrar un tema apropiado; y si ya se ha encontrado un texto con este tema, hemos fracasado en nuestra intención. En la multiplicidad de la escritura, los temas superficiales y estériles están mejor adaptados para la invención. Los temas disertados con tanta frecuencia confinan la imaginación y fijan nuestras concepciones a las nociones de escritores antiguos. Además, tales discursos permiten divagaciones y admiten verdades colaterales insignificantes, si bien alejadas de sus principios. Si a veces excedemos nuestro privilegio, no estamos solos, sino que erramos por exceso de ejemplos.

Quien ilustre la excelencia de este orden, fácilmente podría fracasar en un tema tan ornamentado, por lo que no hemos intimidado al lector común con otros diagramas que no sean los apropiados y nos hemos afanado en rechazar ilustraciones de plantas raras y desconocidas.

Su exigente juicio, tan bien avenido a ese estudio, no encontrará aquí verdades matemáticas, ni comprensión de generalidades o U finitas¹ sin excepciones en la naturaleza. ¿Cómo hubo de hallar excepciones Scaliger en casi todos los Universales de Aristóteles y Teofrasto? ¿Cómo deben las máximas botánicas

1. Reglas sin excepciones.

tener consideraciones justas y ser tolerablemente válidas, si no se ven intolerablemente desequilibradas por las excepciones?

Usted ha clasificado sus delicias vegetales con sabiduría, más allá de cualquier objeción. Los turcos que pasaron sus días aquí en los jardines los tendrán también en la otra vida y al complacerse con flores sobre la tierra deben tener lilas y rosas en el Cielo. En las delicias de un jardín no es fácil sostener una mediocridad; ese placer insinuante pocas veces carece de extremo. Los antiguos se deleitaron superficialmente en jardines de flores; muchos fueron floristas que no conocían el propósito verdadero de una flor y en los días de Plinio nadie había tratado directamente ese tema. Algunos de manera encomiable plantaron vegetales venenosos, algunos limitaron sus placeres a plantas individuales, como Catón pareció adorar la col; mientras que el ingenuo placer de los cultivadores de tulipanes es objeto de expresiones severas, incluso por sus propios profesores.

Que en este Discurso de los jardines abordemos temas ajenos, sobre diferentes aspectos del arte y la naturaleza, sólo seguimos el ejemplo de las plantaciones antiguas y las nuevas, donde espíritus nobles no se conformaron con los árboles, sino que se avocaron a los aviarios, estanques de peces y toda variedad de animales e hicieron de sus jardines un compendio de la Tierra y un retrato de las escenificaciones seculares de la antigüedad.

Que juntemos estas partes de temas diferentes, o que una siga a otra, su juicio lo identificará de inmediato sin imputarnos por incongruencia. Dado que el mundo placentero viene después de la muerte y a la tumba le sucede el Paraíso. Ya que el estado frondoso de las cosas es el símbolo de la resurrección, y para florecer en la Gloria debemos primero ser sembrados en

corrupción. Existe, además, la práctica ancestral de los nobles de concluir sus días en las tumbas-jardines y urnas de antaño, envueltos en flores y guirnaldas.

Nullum sine venia placuisse eloquium², es algo que los escritores y no los lectores comprenden con razón; tampoco es algo percibido hasta que las obras son vistas como hizo Apelles con sus pinturas; donde hasta los ojos más vulgares hallarán algo que encomiar.

Desear que todos los lectores posean sus destrezas, significaría multiplicar irracionalmente el número de Académicos que nuestro tiempo puede producir. En esta era prejuiciosa, deseamos caritativamente una porción de su equidad, juicio, franqueza e ingenio, en los que es tan acaudalado que no puede perderse en la confusión. Y siendo una rama floreciente de esa noble familia³, a la que le debemos tanto respeto, pues no es un nuevo elemento, sino que está hondamente enraizado en la perfección. Por todo lo anterior, habiendo tenido tan perdurable ratificación en su valiosa conversación, cordialidad constante y expresión, y seguro de que es un estudiante formal de los más altos secretos de la naturaleza; nos disculpamos por introducir estos humildes placeres y puñados en vuestro tesoro.

Vuestro amigo afectuoso y siervo,

THOMAS BROWNE.
Norwich, mayo 1, 1658.

2. "La elocuencia nunca ha sido aceptada sin cierta medida de tolerancia".

3. "La del honorable Sr. Edmund Bacon, primer Baronet, mi verdadero y noble amigo".

Capítulo I



QUE VULCANO le diera flechas a Apolo y a Diana el cuarto día posterior a sus natiuidades, según la teología judía, puede ciegamente interpretarse como la creación del Sol y la Luna en el cuarto día de trabajo: cuando la luz propagada se contrajo en mundos y rayos fugaces provenientes de esas luces. Descripciones más simples de las criaturas del cuarto día las hay de plumas paganas; el filósofo divino¹ omitió desgraciadamente la parte más noble del tercero y Ovidio lo describió en tres palabras², (muchos dicen que tomó prestada la versión de Moisés), alejándose sin miramiento de la asombrosa descripción del texto, las labores del tercer día³: la de los vegetales y la primera escenificación ornamental de la naturaleza, la comida primitiva de los animales y la primera historia de la medicina en lo que concierne a cuidados dietéticos.

Y aunque la medicina puede tenerse en alta estima debido al acto de sanación de Dios al poner un hechizo

1. El "filósofo" es Platón en el *Timeo*.

2. *Fronde tegi silvas*, (Ordenó que los bosques fueran cubiertos de hojas), Ovidio, *Metamorfosis*, I, 44.

3. Génesis 1.12.

de sueño profundo en nuestro primer Predecesor, y la cirugía⁴ tiene su fundamento en ese pasaje relativo a la Costilla de Adán, no hay contradicción con la inventiva del jardín y la herbolaria. Si bien el paraíso se plantó el tercer día de la creación, como lo decidió la sabia Divinidad, su nacimiento fue demasiado prematuro para el horóscopo. Primero fueron los jardines y luego los jardineros, y todo a sólo a unas horas después de la Tierra.

Más difícil es precisar la topografía y ubicación precisa, pero como se trata del jardín primitivo que, sin mucha controversia, se asienta en el Este⁵ resulta más probable que la curiosidad inicial y el cultivo de plantas floreciera en esos lugares. Dado que el arca de Noé atracó primero en ciertas montañas de Armenia, el arte de plantar resurgió en el Este y su transformación ocurrió no lejos del lugar de su nacimiento cerca de las llanuras de esas regiones. Y si pensamos que Zoroastro fue también Cham, Chus o Mizraím, ahí surgieron los primeros expertos y los que dejaron (como lo dijo Plinio) una obra de agricultura.

Sin embargo, la interpretación de los jardines pendulares o colgantes de Babilonia como creación de Semíramis, el tercero o cuarto después de Nimrod, no

4. διαίρεσις, en abrir la carne (diseción), ἐξάρεσις (extracción), en extraer la costilla, σύνθεσις (síntesis,) en cerrar la parte de nuevo.

5. Algunos parten de la ambigüedad de la palabra hebrea *Mikedem* (Génesis en hebreo) si se refiere *ab oriente* (desde el Este) o *a principio* (desde el principio).

Esta publicación fue realizada con el estímulo del Programa de Apoyo a la Traducción (PROTRAD) dependiente de instituciones culturales mexicanas.

EL JARDÍN DE CIRO

D.R. © Ficticia, S. de R.L. de C.V.

Primera edición: septiembre 2014

Traducción: Carlos Miranda

En portada: Isaac Oliver, *Reunión al aire libre. Alegoría del amor conyugal*, 1590

FICTICIA EDITORIAL

Editora: Mónica Villa

Director de la colección: Javier García-Galiano

Diseño de la colección: Armando Hatzacorsian

Cuidado de la edición: Humberto Schettino

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec,

C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-049-0

Impreso y hecho en México



«EL JARDÍN DE CIRO»

DE THOMAS BROWNE

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 27 DE SEPTIEMBRE DE 2014
(DÍA DEL CUMPLEAÑOS DE ARMANDO HATZACORSIAN) EN
LOSTALLERES DE EDICIONES MYMS. DE R.L. DE C.V., CONRADO
PELAYO NÚM. 33 COL. TLAHUAC, MÉXICO, D.F. C.P. 13200

EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES.

